

DISCURSO DEL SECRETARIO DE RELACIONES EXTERIORES, BERNARDO SEPULVEDA AMOR, EN EL HOMENAJE LUCTUOSO AL EMBAJADOR EMERITO ANTONIO CARRILLO FLORES

Señor Presidente de la República;
distinguidos familiares de Don Antonio Carrillo Flores;
señoras y señores:

Con el fallecimiento del Embajador Emérito Antonio Carrillo Flores, México pierde a uno de sus hombres más ilustres. El nombre de Don Antonio está asociado a algunas de las más importantes decisiones de nuestra vida pública durante los últimos cinco decenios. Su muerte representa la desaparición de uno más de esos mexicanos excepcionales que tuvieron el privilegio y la capacidad de contribuir a la edificación del México pos-revolucionario. Continuar la obra de esa generación de compatriotas que acumularon experiencia, sabiduría y acendrado nacionalismo significa uno de los mayores ejemplos y estímulos para quienes ahora tienen una responsabilidad en las más diversas esferas de la vida del país.

Por fortuna, México se benefició durante muchos años de la inteligencia y el talento de Antonio Carrillo Flores en la actividad gubernamental. También recogió su contribución en los más amplios campos de la docencia y la cultura. En momentos tan dolorosos, deseo hacer hincapié en la profunda vocación de Carrillo Flores por la tarea pública. Su vida entera es testimonio indiscutible del compromiso del Estado mexicano con el desarrollo nacional, con el fortalecimiento de las instituciones políticas y el engrandecimiento del sistema jurídico, con el avance de la democracia y la igualdad. Las múltiples facetas de su trayectoria le permitieron conocer de cerca la estrecha relación que existe entre economía, política y sociedad. Supo también entender, de la manera más cabal, que la historia del país está estrechamente asociada con el acontecer internacional, y que la fidelidad de los principios que orientan la conducta del Estado mexicano es condición ineludible para la sobrevivencia de la nación como entidad soberana.

Sería interminable la enumeración de las responsabilidades asumidas por Don Antonio Carrillo Flores en el transcurso de una vida pública al servicio de la nación. Jurista eminente, planteó con lucidez y ponderación la defensa de los particulares frente al poder público. Hombre educado en la disciplina del Derecho, contribuyó a la evolución del orden constitucional y administrativo del país. Como universitario, fue un notable y ameno

educador, rector además de la buena enseñanza del sistema legal en la Facultad de Derecho.

Hombre de leyes y de instituciones, supo de la importancia de los asuntos económicos en el proyecto nacional. Administrador sabio de las finanzas públicas y de la banca de fomento, correspondió a Don Antonio impulsar una etapa fundamental en el proceso de modernización del México contemporáneo.

Hombre de letras y de cultura universal, reconoció en la palabra impresa un instrumento fundamental en la divulgación del conocimiento. Ello le condujo a emprender una encomiable labor editorial como Director del Fondo de Cultura Económica.

Hombre político, participó en las tareas más útiles de la función pública, incluyendo en ello el oficio legislativo, al haber acudido a la elección popular para asumir responsabilidades como Diputado Federal.

Una de las inteligencias mexicanas más agudas y alertas de los últimos tiempos también enriqueció el quehacer internacional de México. Durante más de quince años, Don Antonio perteneció de tiempo completo a ese complejo y fascinante mundo de la diplomacia y de la política exterior.

En su actuación, el Embajador Emérito Antonio Carrillo Flores mantuvo siempre una honda preocupación por preservar los intereses fundamentales de México, a partir de una conciencia lúcida acerca de nuestro pasado histórico, a veces convulsionado y trágico, y otras pleno de gestas brillantes e inclusive heroicas.

Después de importantes responsabilidades en el manejo de la economía y de las finanzas públicas del país, ya en plena madurez, fue Embajador de México ante Estados Unidos y Secretario de Relaciones Exteriores, ambos cargos desempeñados en un período clave de las relaciones interamericanas.

En distintos escritos y testimonios, a propósito de sus funciones como Embajador de México en Washington y como Canciller, Don Antonio sostiene que, como condición irrenunciable de la función diplomática y política de México, ha de preservarse sin vacilaciones la integridad y la soberanía nacionales en todos sus aspectos.

Para Antonio Carrillo Flores la firme defensa de los principios de la política exterior mexicana es la mejor arma para preservar soberanía, identidad y respetabilidad. En sus testimonios insiste en que la flexión de esos

principios conduciría al debilitamiento de las más firmes bases en que se funda el sistema político mexicano surgido de la Revolución.

El jurista Antonio Carrillo Flores mantuvo también la necesidad de que, en el plano internacional, se respeten invariablemente las normas del Derecho de Gentes. En efecto, sin la vigencia de tales normas la vida internacional se convertiría en ámbito de una lucha en donde las ventajas favorecen siempre al más fuerte. Por ello, decía Don Antonio, las naciones débiles debemos exigir siempre el cumplimiento escrupuloso del Derecho Internacional. Esta es nuestra mejor defensa, el más eficaz instrumento para la promoción de los intereses nacionales y la más sólida garantía para preservar los derechos soberanos de la Patria.

En la época de sus principales responsabilidades diplomáticas, nuestro país mantuvo su postura independiente, al margen de presiones externas e internas que favorecían el abandono de los principios en supuesto beneficio de nuestros intereses más inmediatos.

Recordemos también que, como Canciller de México, Don Antonio Carrillo Flores promovió las negociaciones que condujeron al Tratado de Tlatelolco. Propuso también, como decisión política fundamental, el acercamiento de México con las repúblicas centroamericanas. Algunas cuestiones pendientes con el Gobierno de Estados Unidos, entre ellas la devolución de El Chamizal, fueron solucionadas favorablemente bajo su dirección.

Fue grande el prestigio internacional de Don Antonio Carrillo Flores. Por ello, el Secretario General de las Naciones Unidas le encomendó la organización de la I Conferencia Mundial de Población que tuvo lugar en Bucarest, en agosto de 1974. Todavía en 1979, fiel a esa permanente vocación pública, Don Antonio fue prestigiado Embajador de México ante la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas.

Esta Cancillería, hasta los últimos días de la vida de Don Antonio Carrillo Flores, se benefició de su experien-

cia, ponderación y amor al país. Siempre recibimos con el mayor aprecio y atención los sabios consejos de Don Antonio sobre las diferentes cuestiones internacionales que enfrenta el país en el momento presente.

Sus dos últimas intervenciones, en la Secretaría de Relaciones Exteriores, tuvieron lugar el 21 y el 25 de febrero pasados. La primera, con motivo de la presentación de la obra *Política Exterior de México: 175 años de Historia*, y la segunda, en ocasión del homenaje que el gobierno mexicano rindió a Don Rafael de la Colina. En esta última intervención, Don Antonio se refirió a la continuidad del Servicio Exterior Mexicano como garantía, salvaguarda y reflejo, al mismo tiempo, de los principios permanentes de nuestra política exterior.

En la primera, Don Antonio Carrillo Flores afirmó que en esta hora, posiblemente la más sombría y difícil para México desde 1929, es indispensable consolidar la unidad de los mexicanos, lo cual no excluye la pluralidad de las opiniones, pero sí exige, como deber patriótico inaplazable, la más firme fe en el destino de México.

Don Antonio Carrillo Flores: Embajador Emérito; ex-Canciller de México; hombre de cultura y ejemplo de servidor público para las generaciones que lo han seguido; mexicano que atendió finanzas públicas y delicados problemas de nuestra política internacional; funcionario de la nación que fue también representante popular y vocero incorruptible de múltiples necesidades de la sociedad mexicana.

Don Antonio: maestro y amigo entrañable de todos nosotros; hombre de moral republicana; hombre de fina y profunda inteligencia, ingenio y sentido del humor; hombre generoso y espléndido que supo iluminarnos el camino con su simpatía, lucidez y bonhomía.

Descanse en paz un mexicano de excepción, que cumplió plenamente sus compromisos y responsabilidades, y cuya ausencia deja un doloroso vacío entre quienes lo quisimos y lo respetamos.

Tlatelolco, D.F., 21 de marzo de 1986.